

EL LUGAR DE LA NARRATIVA EN LA HISTORIOGRAFÍA DE NUESTROS DÍAS

THE PLACE OF THE NARRATIVE IN THE HISTORIOGRAPHY OF OUR DAYS

Matias Alvarado Leyton*

RESUMEN

Este artículo analiza las posibilidades semióticas de la narrativa ante los actuales cuestionamientos que atraviesa la disciplina histórica, replanteando ciertos límites epistemológicos que se le han impuesto, a veces de forma arbitraria. De este modo, se propone que conciliar la disciplina histórica con la narrativa puede permitir mejores resultados, basados en una escritura más libre, justa, original y reflexiva, y no la disminución de la rigurosidad de éstos. Dicha conciliación cobra mayor sentido al considerar el creciente hermetismo de las últimas décadas en el cual se ha ensimismado la disciplina histórica, alejándose de la población y limitándose a un lenguaje indescifrable para la mayoría de ésta.

ABSTRACT

This article analyzes the semiotic possibilities of the narrative in the face of the current questions that cross the historical discipline, rethinking certain epistemological boundaries that have been imposed on it, sometimes arbitrarily. In this way, it is proposed that reconciling the historical discipline with the narrative can allow for better results, grounded on a freer, fair, more original and reflexive writing, and not a decrease in their accuracy. Such conciliation becomes more relevant when considering the increasing hermeticism of the last decades, in which the historical discipline self-absorbed itself, moving away from the people and bounding its reach with an indecipherable language for most of them.

PALABRAS CLAVE

Historiografía, narrativa, relativismo, giro lingüístico.

KEYWORDS

Historiography, narrative, relativism, linguistic turn.

Recibido 9 de agosto de 2019

Aceptado 15 de octubre de 2019

* Doctorando en Historia por la Universidad San Sebastián. Email: matias.alvaradoleyton@gmail.com

Desde sus inicios, la disciplina histórica ha mantenido una estrecha pero compleja relación con la narrativa. Si bien, es conocido el abandono a esta última que dio la disciplina durante el siglo XIX, cuando intentaba acercarse más a la cientificidad que comenzaba a exigirse, lo cierto es que los cuestionamientos en torno a esta relación han estado presentes desde sus mismos inicios, hace veinticinco siglos.

El mismo Heródoto, considerado como padre de la disciplina¹, fue criticado por sus sucesores, siendo visto como un mero logógrafo². Estas críticas se sustentaron en el sacrificio que éste hizo por conseguir la gracia de su público, siendo su meta última no la veracidad, sino el encanto del estilo y lo maravilloso del relato. Tucídides, consciente y siendo parte de estas críticas, manifestó su ambición epistemológica desde un principio y dejó los aplausos de lado, “porque yo no diré cosas fabulosas, mi historia no será muy deleitable ni apacible de ser oída y leída”, sin embargo, “aquellos que quisieren saber la verdad de las cosas pasadas y por ellas juzgar y saber otras tales y semejantes que podrán suceder en adelante, hallarán útil

y provechosa mi historia”, puesto que “mi intención no es componer farsa o comedia que dé placer por un rato, sino una historia provechosa que dure para siempre”³. Serían entonces los excesos en la preocupación por la narrativa una especie de pecado original que pesa sobre la disciplina.

Dichas críticas, se mantuvieron presentes a través de los años. Polibio, tres siglos después, criticó a Filarco por multiplicar las “escenas de horror” al relatar la toma de Mantinea⁴. A través de esta crítica, Polibio también respondió a Aristóteles, quien postuló la superioridad de la poesía sobre la historia⁵. Para afirmar la utilidad de esta última, Polibio opuso así la inteligibilidad al agrado: “No busco tanto complacer a mis lectores como prestar un servicio a las mentes reflexivas”⁶.

De este modo, Tucídides y Polibio, al igual que muchos otros, hacen coincidir una epistemología con una estética específica: la historia no puede ni cautivar ni emocionar, solo debe aspirar a la austera verdad. Se oponen así la historia verdadera, sin diversión, y la historia narrativa, teatralizada y llena de

¹ Véase Heródoto, *Historia*. Libros I-II (Madrid: Editorial Gredos, 1992).

² Véase Tucídides, *Historia de la Guerra del Peloponeso*. Libros I-II (Madrid: Editorial Gredos, 1990). En esta obra, el autor señala, ante sus predecesores, que “Tales fueron las cosas antiguas de la Grecia, según he podido descubrir; y será muy difícil creer al que quisiere explicarlas con detalles más minuciosos, porque aquellos que oyen hablar de las cosas pasadas, principalmente siendo de las de su misma tierra y de sus antepasados, pasan por lo que dice la fama sin curar de examinar la verdad. [...] De igual manera hay otras muchas cosas de que existe memoria, en las cuales hallamos que los Griegos tienen falsa opinión y las consideran y ponen muy de otro modo que pasaron. Piensan, por ejemplo, de los reyes de Lacedemonia que cada uno de ellos echaba dos piedras, y no una sola, en el cántaro, que quiere decir que tiene dos votos en lugar de uno, y que hay en su tierra, una legión de Pitinates que nunca hubo. Tan perezosas y negligentes son muchas personas para inquirir la verdad de las cosas” (1:20) y que “Más el que quisiere examinar las conjeturas que yo he traído, en lo que arriba he dicho, no podrá errar por modo alguno. No dará crédito del todo a los poetas que, por sus ficciones, hacen las cosas más grandes de lo que son, ni a los historiadores que mezclan las poesías en sus historias y procuran antes decir cosas deleitables y apacibles a los oídos del que escucha que verdaderas. De aquí que la mayor parte de lo que cuentan en sus historias, por no estar en argumentos e indicios verdaderos, andando el tiempo viene a ser tenido y reputado por fabuloso e incierto” (1:21). Tucídides, *Historia de la Guerra...*, 1:22.

³ Polibio, *Historias*. Libro I-IV (Madrid: Editorial Gredos, 1981), 2:56.

⁴ Aristóteles, *Poética* (Madrid: Alianza Editorial, 2013), 56.

⁶ Polibio, *Historias*. Libros V-XV (Madrid: Editorial Gredos, 1981), 9:1-2.

seducciones engañosas. Esta concepción acarrea consigo una desconfianza hacia la narrativa, con su palabra autotélica, iridiscente; tan imbuida de su poder que llega a sustituir la realidad del mundo⁷. La sequedad y pensamientos oscuros de Tucídides se ligarían así cada vez más a la verdad, volviéndose éste el modelo para quienes procuraban, ante todo, hacer una historia que buscara comprender⁸.

Quedaba así patente este pecado original, a través de una elección abierta a todos los historiadores posteriores: una historia verdadera o una historia narrativa. Esta elección, pese a suscitar múltiples discusiones a través de los años, se mantuvo con bastante vigencia. De hecho, en el siglo XIX, gracias a los afanes de científicidad y el reclutamiento de la disciplina histórica dentro de las universidades⁹, ésta comienza a elaborar una narrativa propia de la verdad. Introducción, plurales mayestáticos, citas, notas a pie de página y amplios listados bibliográficos, pese a ser “procedimientos literarios”, se volvieron procedimientos mediante los cuales la disciplina “se sustrae a la literatura, se asigna una jerarquía de ciencia y la significa”¹⁰. Se esperaba que la narrativa fuera lo más discreta posible, en tanto era solo el medio de algo tenido por infinitamente más valioso que ésta: la realidad “objetiva”. Es más, con el avance del siglo XIX, la narrativa pasó a ser vista

como una especie de parásito, el cual debía ser reducido a su mínima expresión, ya que aún era imposible deshacerse de éste por completo¹¹. Charles Seignobos, formado bajo esta visión, advirtió en su momento que “las fórmulas de la elocuencia no son ornamentos inofensivos: ocultan la realidad, desvían la atención de los objetos para dirigirla hacia las formas”¹².

Si bien el adiós a la narrativa permitió que la disciplina conquistara su autonomía intelectual e institucional, esto también significó hundirse en una neutralidad más o menos forzada, la cual, con el paso del tiempo, se volvió tradición. Dentro de las universidades, la disciplina encontró cómo justificar aquella indiferencia a la narrativa, al texto, a su construcción, ritmo y lengua y, desde luego, al mismo lector, porque dicho desdén aparecía como prueba de la tan anhelada científicidad¹³.

Hasta aquellas escuelas más innovadoras y significativas para la disciplina, como la Escuela de los Annales, presentaron problemas respecto a la narrativa. Siendo posiblemente la escuela que más marcó a la disciplina durante el siglo recién pasado, principalmente por su oposición al positivismo, encarnado en Francia por Charles Victor Langlois y Charles Seignobos¹⁴, mantuvieron la lógica de éstos: “la ciencia

⁷ Ivan Jablonka, *La historia es una literatura contemporánea. Manifiesto por las ciencias sociales* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2016), 30-31.

⁸ Michel Reddé, “Rhétorique et histoire chez Thucydide et Salluste”, en *Colloque histoire et historiographie*, comp. Raymond Chevallier (Paris: Les Belles lettres, 1980), 11-17.

⁹ Jaume Aurell y Peter Burke, “Las tendencias recientes: del giro lingüístico a las historias alternativas”, en *Comprender el pasado. Una historia de la escritura y el pensamiento histórico*, Jaume Aurell, Catalina Balmaceda, Peter Burke y Felipe Soza (Madrid: Ediciones Akal, 2013), 287-288.

¹⁰ Jacques Rancière, *Les Noms de l'histoire. Essai de poétique du savoir* (Paris: Le Seuil, 1992), 21.

¹¹ Jablonka, *La historia es una literatura contemporánea...*, 100-102.

¹² Charles Seignobos, *L'Histoire dans l'enseignement secondaire* (Paris: Armand Colin, 1906), 38-39.

¹³ Jablonka, *La historia es una literatura contemporánea...*, 103.

¹⁴ François Dosse, *La historia en migajas. De Annales a la “nueva historia”* (Ciudad de México: Universidad Iberoamericana, 2006), 27-61.

y la literatura se excluyen mutuamente, y la segunda obra contra el saber”¹⁵. De hecho, la Escuela de los Annales profundizó aún más la brecha, ya que, por ejemplo, los acontecimientos fueron para ésta solo un accidente superficial que no permitía penetrar en el pasado. Se le reclamó así al positivismo el uso excesivo de acontecimientos en historias que se limitaron a explicar el pasado como las acciones de algunos hombres dentro de la política. La Escuela de los Annales erigió entonces el rechazo de los tres ídolos de la historia decimonónica: el ídolo de la política, el ídolo de la individualidad y el ídolo de la cronología; todos estos enmarcados en una historia de acontecimientos¹⁶. Esta escuela, centrada en lo económico y lo social, sustituyó las fechas, batallas y personajes por las series y las estadísticas, en tanto “la serie disuelve la singularidad, el contexto absorbe la crónica”¹⁷. Asimismo, reconfiguró la narrativa de la disciplina al eliminar, junto con los acontecimientos, a los personajes. Como consecuencia, sustituyó la narración cronológica por la descripción estructural, es decir, el transcurrir de los hechos por una historia inmóvil. Es posible señalar así, aunque con precaución, que la Escuela de los Annales abandonó la trinidad de acontecimiento, personaje y trama¹⁸, al menos durante sus dos primeras generaciones.

Las mellas hechas a la narrativa y la brecha entre ésta y la disciplina histórica parecían cuestiones de no cesar. Sin embar-

go, todo este proceso de distanciamiento y reproche a la pluma, comenzó a ser cuestionado con la llegada de la posmodernidad, más específicamente, con la crisis de la historia en la década de 1970.

I.- HAYDEN WHITE Y LOS CUESTIONAMIENTOS MÁS RADICALES DEL GIRO LINGÜÍSTICO

Con la llegada del posmodernismo se abrió un periodo esencial para el desarrollo de la disciplina, ya que allí cuajaron todos los movimientos que se habían incoado durante la revolución cultural de la década de 1960¹⁹. Como consecuencia, los paradigmas dominantes desde la Segunda Guerra Mundial (cuantitativismo, marxismo y estructuralismo) fueron barridos en muy pocos años de la disciplina, siendo sustituidos por otras tendencias y metodologías más acordes con los nuevos tiempos y sus valores. Pero la disciplina tuvo que pagar un alto precio por este viraje tan radical: la llamada crisis de la historia, que afectó a la disciplina en torno a la década de 1980²⁰.

De todas estas nuevas tendencias que arribaron dentro de la disciplina, llaman la atención aquellas que enfatizaron el lenguaje sobre la propia realidad histórica, las que provenían de la lingüística y la antropología cultural. Entre éstas, destacó el giro lingüístico. El influjo de éste en la disciplina significó un severo cuestionamiento de la creencia extendi-

¹⁵ Jablonka, *La historia es una literatura contemporánea...*, 108.

¹⁶ François Simiand, “Método histórico y ciencia social”, en *Empiria. Revista de Metodología de Ciencias Sociales* 6 (Madrid 2003): 199-202.

¹⁷ Alban Bensa y Eric Fassin, “Les sciences sociales face à l'événement”, en *Terrain. Anthropologie & sciences humaines* 38 (París 2002): 6.

¹⁸ Francisco J. Rivero, “El devenir del acontecimiento en la operación historiográfica”, en *Historia y Geografía* 41 (Ciudad de México 2013): 58.

¹⁹ Véase Fredric Jameson, *The Cultural turn. Selected Writings on the Postmodern, 1983-1998* (Londres-Nueva York: Verso, 1998); Arthur Marwick, *The Sixties. Cultural Revolution in Britain, France, Italy, and the United States* (Oxford: Oxford University Press, 1998).

²⁰ Aurell y Burke, “Las tendencias recientes: del giro lingüístico...”, 287-288.

da y ya tradicional que los resultados de una investigación historiográfica, para ser éstos racionales y permitir llegar a un conocimiento auténtico del pasado, debían alejarse de la narrativa. Roland Barthes y Hayden White fueron quienes lideraron estos y otros cuestionamientos²¹. Sin embargo, y como ya fue mencionado, las discusiones en torno a este pecado original de la disciplina no eran cuestión nueva. De hecho, tanto Barthes como White, se ven influenciados por Ferdinand de Saussure. En su obra *Cours de linguistique générale*, publicada póstumamente en 1916, afirmó que el lenguaje forma un sistema autónomo cerrado en sí mismo, el cual posee una estructura, de lo cual se desprende que el lenguaje no es un medio para comunicar sentido o unidades de sentido, sino lo contrario: el sentido es una función del lenguaje. El hombre, por tanto, no se sirve del lenguaje para transmitir sus pensamientos, sino que lo que el hombre piensa está condicionado por el lenguaje²².

De estos primeros cuestionamientos surgidos del giro lingüístico, tal vez el más radical provino de White. Fue éste quien a través de su obra *Metahistory: The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe*, logró combinar con eficacia la teoría de la historia con la teoría literaria, en una detallada interpretación de las ideas provenientes de la historia y la filosofía de la historia. A través de esto, estudió las maneras en que se ha pensado la historia,

atendiendo sobre todo a la cuestión de las formas del conocimiento histórico, es decir, de su narrativa. Al respecto, señaló que:

“En esa teoría considero la obra histórica como lo que más visiblemente es: una estructura verbal en forma de discurso en prosa narrativa. Las historias (y también las filosofías de la historia) combinan cierta cantidad de ‘datos’, conceptos teóricos para ‘explicar’ esos datos, y una estructura narrativa para presentarlos como la representación de conjuntos de acontecimientos que supuestamente ocurrieron en tiempos pasados. Yo sostengo que además tienen un contenido estructural profundo que es en general de naturaleza poética, y lingüística de manera específica, y que sirve como paradigma precriticamente aceptado de lo que debe ser una interpretación de especie ‘histórica’. Este paradigma funciona como elemento ‘metahistórico’ en todas las obras históricas de alcance mayor que la monografía o el informe de archivo”²³.

De este modo, White sostuvo que es imposible distinguir entre un relato histórico y otro de cualquier tipo, sobre todo si se pretende que los primeros refieran a hechos reales mientras que los segundos refieran a hechos ficticios. Si bien, reconoció que la hermenéutica podía establecer ciertas verdades, toda concatenación de éstas para obtener una visión mayor y coherente sería determinada por las apreciaciones subjetivas del historiador, sin base en presupuestos científicos; “El conocimiento es producto de una lucha no sólo con los ‘hechos’ sino con uno mismo”²⁴. Por ende, no habría un criterio

²¹ Véase Barthes, Roland, “El discurso de la historia”, en *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y de la escritura*, Roland Barthes (Barcelona: Ediciones Paidós, 1987), 163-177; Hayden White, *Metahistoria. La imaginación en la Europa del siglo XIX* (Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 1992).

²² Ferdinand de Saussure, *Curso de lingüística general* (Buenos Aires: Editorial Losada, 1945), 146.

²³ White, *Metahistoria. La imaginación...*, 9.

²⁴ *Ibid.*, 187.

de verdad en las narrativas históricas²⁵. Propuso asimismo que la narrativa de la historia depende de un nivel más profundo, casi inconsciente e irracional, por el que se realiza en realidad un “acto poético”, mental e interior, en el cual el historiador prefigura el campo histórico y lo constituye a su manera, aplicando las teorías de su gusto, para interpretar lo sucedido y dar cuenta del pasado²⁶.

White profundizó esta idea, en que finalmente todo es un mero relato de ficción, en tanto forma y contenido son lo mismo, en otras obras²⁷, posicionándose con los cuestionamientos más radicales del giro lingüístico. En este punto, habría ido mucho más allá de la tradición del pensamiento de la disciplina que, desde Heródoto hasta Natalie Davis, había reconocido tanto los aspectos narrativos e imaginarios de la obra histórica, aunque manteniendo la fe en que éstos ayudaban a revelar un pasado real, a seres humanos reales²⁸. Para White, “las narrativas históricas son ficciones verbales cuyos contenidos son más inventados que descubiertos y cuyas formas tienen más en común con sus contrapartidas literarias que con las científicas”²⁹.

Sin embargo, sus cuestionamientos no cesaron, particularmente respecto a la narrativa en la historia. En “The Modernist Event” de 1996, señaló que

los acontecimientos del siglo XIX y XX eran tan inéditos y por tanto se resistían a los esquemas tradicionales de la narrativa historiográfica. Por nombrar algunos, éstos serían: “las dos guerras mundiales, la Gran Depresión, las armas nucleares y la tecnología de las comunicaciones, la explosión demográfica, la mutilación de la zoosfera, el hambre, el genocidio como una política conscientemente emprendida por regímenes ‘modernizados’”³⁰. Propone así que, ante tales acontecimientos se vuelve pertinente explorar nuevas formas de narrativa como las del modernismo literario, es decir, experimentar con formas de tramado que no sean las que tradicionalmente usan los historiadores:

“[...] me parece que los tipos de no-relatos antinarrativos producidos por el modernismo literario ofrecen la única perspectiva para *alcanzar representaciones adecuadas de la clase de acontecimientos ‘no-naturales’*—incluyendo el Holocausto— que marcan nuestra era y la distinguen absolutamente de toda la historia que ha sucedido antes de él”³¹.

Para White, el modernismo había logrado superar los problemas tradicionales de representación de la realidad al disolver la distinción entre el hecho y la ficción. Con su narrativa, el modernismo intentaba abandonar las funciones referenciales del lenguaje y con ello romper el tradicional contrato que se establecía entre el lector y la obra literaria, que obligaba al primero

²⁵ Georg G. Iggers, *La historiografía del siglo XX. Desde la objetividad científica al desafío posmoderno* (Santiago: Fondo de Cultura Económica, 2012), 194.

²⁶ *Ibid.*, 10 y 29-33. Dichas ideas, posiblemente, surgen del pensamiento de R. G. Collingwood, más específicamente de su re-creación. Véase R. G. Collingwood, *Idea de la historia* (Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 2004), 284-424.

²⁷ Véase Hayden White, *The Content of the Form: Narrative Discourse and Historical Representation* (Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 1987); *Figural Realism: Studies in the Mimesis Effect* (Baltimore: The Johns Hopkins University Press, 1999).

²⁸ Iggers, *La historiografía del siglo XX...*, 194.

²⁹ Hayden White, *El texto histórico como artefacto literario y otros escritos* (Barcelona-Buenos Aires-Ciudad de México: Ediciones Paidós-Instituto de Ciencias de la Educación de la Universidad Autónoma de Barcelona, 2003), 109.

³⁰ *Ibid.*, 226.

³¹ *Ibid.*, 246.

a distinguir entre lo real y lo imaginario, y que, en el caso de la disciplina, se entiende como la distinción entre hechos e interpretación³². El abandono de lo referencial podría entenderse entonces como una novedosa forma de ficcionalizar los fenómenos históricos, lo cual deja al lector libre de apropiarse del texto de manera contingente, es decir, sin un esquema estable de significados. Esto descansa en la naturaleza de los acontecimientos del siglo XIX y XX, los cuales parecían resistirse a lecturas hermenéuticas, pues escapaban a cualquier significación posible, y justo por ello, se diferencian de cualquier otro acontecimiento histórico anterior³³.

Pese a la radicalidad de sus cuestionamientos respecto a la naturaleza de la disciplina y el presentismo que se le puede achacar a su interpretación de los acontecimientos, los aportes de White fueron fundamentales al sentar dudas respecto al estado de la disciplina:

“En mi opinión, la historia es una disciplina en mal estado hoy en día porque ha perdido de vista sus orígenes en la imaginación literaria. En aras de *parecer* científica y objetiva, se ha reprimido y se ha negado a sí misma su propia y principal fuente de fuerza y renovación. Al volver a poner en contacto a la historiografía con sus fundamentos literarios no deberíamos estar poniéndonos en guardia contra distorsiones *meramente* ideológicas; deberíamos estar en el camino de alcanzar esa «teoría» de la historia sin la que ésta no puede en absoluto pretender ser una «disciplina»³⁴.

De este modo, White procedió a un doble desplazamiento. No solo redujo la historia a un puro objeto literario, sino que la aproximó a la ficción sobre la base de sus formas comunes. Los tropos y las ideologías no solo determinarían así las “estrategias” narrativas de los historiadores, sino que la historia y la ficción compartirían una misma naturaleza. Convertida en “ficción verbal”, la historia ya no tiene ningún régimen cognitivo propio. Así, el giro lingüístico intentó desbaratar a la disciplina, al negarle toda capacidad de decir, más que una ficción, algo verdadero³⁵. Ricoeur, Certeau y Veyne jamás franquearon ese umbral y en ello, en última instancia, descansa toda la diferencia entre las posiciones narrativistas y el relativismo escéptico.

II.- LOS APORTES DEL RELATIVISMO ESCÉPTICO

Si bien, difícilmente puede dársele un punto de partida exacto, esta vertiente del giro lingüístico, por así llamarla, comenzó cuando éste vio la luz. Al respecto, y aunque la discusión es lo suficientemente extensa como ya se ha señalado, se puede indicar que el giro lingüístico fue una expresión acuñada por Gustav Bergman en 1964, la cual se popularizó gracias a Richard Rorty y su obra *The linguistic Turn: Recent Essays in Philosophical Method de 1967*³⁶. Aunque tenía una clara raíz filosófica, pronto

³² Luís Trindade, “Hayden White’s Modernist Event”, en *Práticas da História* 6 (Lisboa 2018): 67-75.

³³ Rivero, “El devenir del acontecimiento...”, 71-72.

³⁴ White, *El texto histórico como artefacto literario...*, 139.

³⁵ Jablonka, *La historia es una literatura contemporánea...*, 112.

³⁶ Véase Richard Rorty, *The linguistic Turn: Recent Essays in Philosophical Method* (Chicago: The University of Chicago Press, 1967).

influyó en la disciplina, postulando, en su aplicación más estricta, que la historia pasaba a ser una mera red lingüística proyectada hacia el pasado³⁷. Hans-Georg Gadamer, en su *Verdad y método* de 1960, pareció adelantarse a este giro, postulando que la naturaleza de la historia consistía en la recopilación de la obra del espíritu humano, escrita en lenguaje del pasado, cuyo texto ha de entenderse³⁸. Más allá de esto, es importante tener en cuenta que el giro lingüístico generó una tendencia al relativismo escéptico. La creencia en la objetividad histórica se ve así derrumbada. Si son las palabras las que realmente cuentan en la narración histórica, el modo de organizar esos signos pasa a ocupar un lugar privilegiado en la construcción de las obras de la disciplina. Por este motivo, de aquel entonces hasta la fecha se habla con cada vez más frecuencia del discurso como forma de comunicación y como forma de organización del trabajo histórico³⁹. Sin embargo, no es menos cierto que el propio discurso tiene muchas acepciones diferentes⁴⁰.

Al respecto, Paul Ricoeur en *Temps et récit*, cuyos tres tomos se publicaron anualmente entre 1983 y 1985, se dedicó a dar cuenta de las distintas acepciones del concepto de discurso, destacando las proximidades entre la temporalidad del discurso historiográfico y del discurso li-

terario, demostrando su deseo de vincular la reflexión filosófica sobre la naturaleza de la narrativa con el enfoque lingüístico y poético. Ricoeur parte de la premisa que la configuración del tiempo en el relato histórico es un atributo de la narración. La narración efectúa a continuación la “síntesis de lo heterogéneo”⁴¹. A partir de ello arroja la cuestión de si las connotaciones de singularidad, desviación y contingencia, que, generalmente le son atribuidas al acontecimiento, le son inalienables en tanto que es un concepto temporal y la temporalidad histórica es una función de la trama que es susceptible de cambios⁴². El acontecimiento entonces no se puede entender como un elemento puramente descriptivo, tal como lo hizo el positivismo bajo la noción de hecho; ni tampoco como un accidente ahogado en la estructura. Para Ricoeur, el acontecimiento es el resultado de una narración que, paradójicamente, es lo que ambas corrientes pretendieron extirpar al considerarla como el elemento débil de la historia. Por el contrario, la narrativa, advierte, es la guardiana del tiempo, y la operación historiográfica está sujeta a trabajar con la intriga⁴³. Para Ricoeur el conocimiento histórico procede de la “comprensión narrativa”, la competencia para contar o seguir una historia; pero este “carácter en última instancia narrativo de la historia” no se confunde con la defensa

³⁷ Aurell y Burke, “Las tendencias recientes: del giro lingüístico...”, 294.

³⁸ Véase Hans-Georg Gadamer, *Verdad y método. Fundamentos de una hermenéutica filosófica*, Tomo I y II (Salamanca: Ediciones Sígueme, 1993). Se ha de reconocer, sin embargo, la importancia e influencia de Martin Heidegger sobre esta obra y el propio Gadamer, en especial a través de *El ser y el tiempo*, publicado originalmente en 1927 y donde cuestionamientos al lenguaje ya estaban presentes.

³⁹ Aurell y Burke, “Las tendencias recientes: del giro lingüístico...”, 294.

⁴⁰ Véase Gérard Dessons, *Émile Benveniste, l'invention du discours* (Paris: Éditions In Press, 2006).

⁴¹ Paul Ricoeur, *Tiempo y Narración*, Tomo I: Configuración del tiempo en el relato histórico. (Ciudad de México-Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2004), 26.

⁴² *Ibid.*, 33.

⁴³ Rivero, “El devenir del acontecimiento en...”, 59.

de la historia tradicional⁴⁴. Es así que “los *acontecimientos mismos* reciben una inteligibilidad derivada de su contribución a la progresión de la trama”⁴⁵.

La narrativa, todavía muy recelada por la disciplina en la década de 1950, ya era mejor entendida por Ricoeur en *Histoire et vérité*, publicada en 1955, donde intentó definir la naturaleza del concepto de verdad en la historia y diferenciar así la objetividad de la historia y de las así llamadas ciencias exactas⁴⁶. Para éste, los afanes científicistas que tuvo la disciplina en el siglo XIX, olvidan sus raíces: la escritura y el compromiso de sí mismo. Bajo el pretexto de la objetividad, se desconoce la capacidad epistemológica del “yo de investigación”⁴⁷. De este modo, la narrativa ya asomaba como el entramado fundamental de la obra histórica, cuestión en la que Ricoeur insistirá, aunque de manera más posibilista que White, reconociéndola como mediadora y recuperadora de la realidad histórica⁴⁸.

Asimismo, Michel de Certeau, en su obra *L'Écriture de l'histoire*, publicada en 1975, trata la relación entre historia y religión, haciendo hincapié en vincular la historia y su escritura con la legitimación del poder político, así como la importancia de ésta, en tanto herramienta creadora y difusora del colonialismo y ciertas tradiciones occidentales; se escribe así la

propia historia al tiempo que se anula la escritura de las historias de otros. En esta obra, por lo demás, postuló que la historia se escribe; que cuenta una historia, un relato de acontecimientos verdaderos; que hay una narrativa de la historia; y que el historiador, ese “poeta del detalle”, lleva a cabo una “puesta en escena literaria”⁴⁹. Certeau estableció que:

“Recíprocamente, la elaboración y la organización del discurso histórico implica a la vez que ‘eso’ (objeto de estudio) *tuvo lugar y ya no es más*. Respecto a la historiografía, el acontecimiento ocurrió (de no ser así, no quedaría ninguna huella), pero sólo su desaparición permite el hecho *diferente* de una escritura o de una interpretación actuales. En cuanto real y en cuanto pasado, el acontecimiento ‘hace lugar’ a otra cosa, el discurso historiográfico, que no habría sido posible sin él y que, sin embargo, no se desprende de él a la manera en que el efecto se desprende de su causa”⁵⁰.

En *L'Écriture de l'histoire*, Certeau habla también del “lugar social”. Sugiere pensar en el discurso historiográfico como un producto que se desprende del presente, es decir, de una operación práctica inscrita en el lugar social del historiador⁵¹. Al respecto, el mismo Certeau advierte que “el historiador, al poner en escena las piezas de la historia gracias a las cuales desea reconstruir el rompecabezas del presente, no alcanza a comprender que la puesta en escena es ya el acontecimiento mismo”⁵².

⁴⁴ Ricoeur, *Tiempo y Narración...*, 319-334.

⁴⁵ *Ibid.*, 336.

⁴⁶ Véase Paul Ricoeur, *Historia y verdad* (Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica, 2015).

⁴⁷ *Ibid.*, 32-39.

⁴⁸ Véase Paul Ricoeur, *La memoria, la historia, el olvido* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2004).

⁴⁹ Michel de Certeau, *L'Écriture de l'histoire* (París: Éditions Gallimard, 1975), 111-119.

⁵⁰ Michel de Certeau, *El lugar del otro. Historia religiosa y mística* (Buenos Aires: Katz Editores, 2007), 55.

⁵¹ Michel de Certeau, *La escritura de la historia* (Ciudad de México: Universidad Iberoamericana, 1993), 73-86.

⁵² Michel de Certeau, “Pour une nouvelle culture: prendre la parole”, en *Études. Revue de culture contemporaine* 329 (Paris 1968) : 384.

De este modo, la relación entre escritura e historia es una de las claves de la última y remite a sus propios orígenes. La narrativa es un modo de escritura histórica, pero es un modo que afecta también al contenido y al método y, al mismo tiempo, es afectada por éstos. La narrativa, aun así, queda posibilitada de acceder al rigor de la exposición histórica a través del desarrollo de una estructura coherente.

Según Paul Veyne, en su *Comment on écrit l'histoire. Essai d'épistémologie* de 1971, la historia se funda en una vasta literatura novelesca, bajo la forma de una “novela verdadera”⁵³, por lo cual, no hay una “diferencia fundamental” entre historia y ficción⁵⁴. La historia pasa a ser así no más que una construcción discursiva entre otras, sin un método claro. En esta misma obra, postula que la historia es una actividad intelectual definida por un proceder, no por un tema y menos aún por un tema noble. Tanto pobres como ricos pertenecen a ésta. “Todo es histórico, por ende la Historia no existe”⁵⁵. Si bien, de esto se desprende que, en tanto razonamiento, la historia admite toda clase de soportes y es capaz de expresarse a través de diferentes medios⁵⁶, esta y otras ideas le valieron a Veyne el título de narrativista. No sería hasta la publicación de *Le Pain et le cirque. Sociologie historique d'un pluralisme*

politique en 1976, que Veyne mostró que su concepto de historia narrativa difería del uso común, y que sus diferencias con la para entonces tercera generación de la Escuela de los Annales eran más pequeñas de lo que parecían, distanciándose en realidad de la tradicional historia narrativa positivista. Influenciado así por Marcel Mauss y la historia de las mentalidades, Veyne se embarca a estudiar el evergetismo y cómo éste atraviesa transversalmente a la sociedad clásica⁵⁷.

Más allá de esto, lo interesante es que, a través de esta y otras obras, Veyne plantea los problemas en torno a la redefinición del acontecimiento histórico. El problema principal, radicaría en el paso de eventos vividos a objetos abstractos formalizados en un sistema⁵⁸. Al respecto, señala que siempre hay en la operación historiográfica una paradoja inevitable: la historia muestra a los desaparecidos, sin embargo, éstos, los hombres del pasado, permanecen allí como ausentes de la historia misma⁵⁹. Por falta de presencia y de voz, todos estos desaparecidos son percibidos como el otro, “la fantasía de la historiografía”⁶⁰. La escritura, vista como poética por Veyne, está entonces implicada en la práctica disciplinaria, ya que ésta permite el movimiento a través del pasado⁶¹.

⁵³ Paul Veyne, *Comment on écrit l'histoire. Essai d'épistémologie* (París: Le Seuil, 1971), 22.

⁵⁴ François Flahault, Nathalie Heinich y Jean-Marie Schaeffer, “Entretien avec Paul Veyne”, en *L'Homme* 175-176 (París 2005): 233-249.

⁵⁵ Veyne, *Comment on écrit l'histoire...*, 26.

⁵⁶ Jablonka, *La historia es una literatura contemporánea...*, 139.

⁵⁷ Véase Paul Veyne, *Le Pain et le cirque. Sociologie historique d'un pluralisme politique* (París: Le Seuil, 1976).

⁵⁸ Michel de Certeau, “Une épistémologie de transition: Paul Veyne”, en *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations* 6 (París 1972): 1317-1327.

⁵⁹ Pierre Michel Grenon, “Paul Veyne et Guy Dhoquois: «Science» historique et projets d'historiens”, en *Revue d'histoire de l'Amérique française* 2 (Quebec 1974): 259-269.

⁶⁰ Claude Dubar, “Veyne Paul, Comment on écrit l'histoire. Essai d'épistémologie”, en *Revue française de sociologie* 4 (París 1973): 550-555.

⁶¹ Mathieu Devinat, “Réflexion sur l'apport de l'ouvrage. Comment on écrit l'histoire sur la formation à la recherche en droit”, en *Les Cahiers de droit* 3-4 (París 2011): 659-670.

Ricoeur, Certeau y Veyne, propuestos aquí como representantes de este llamado relativismo escéptico del giro lingüístico, pese a la artificialidad y flexibilidad de dicha decisión, parecen sin embargo dar cuenta de manera suficiente sobre los alcances de éste. La vigencia de sus advertencias respecto a la disciplina y su relación con la narrativa todavía se hace sentir, siendo aún válidos cada uno de sus aportes. Asimismo, y como parte del giro lingüístico, estos autores pusieron especial atención sobre la narrativa, aunque, a diferencia de White, no hicieron de ésta una con la disciplina ni le negaron su posibilidad de alcanzar la verdad. Es por esto que sus ideas, aunque sí levantaron cuestionamientos, siempre fueron más bien posibilistas respecto a los límites epistemológicos de la disciplina y la narrativa.

III.- EL RENACER DE LA NARRATIVA

En 1979 apareció en *Past and Present*, unas de las revistas de historia y ciencias sociales más importantes de Gran Bretaña, “The revival of Narrative: Reflections on a New Old History” de Lawrence Stone. A través de este ensayo, señaló que en la década de 1970 se llevó a cabo una transformación en la disciplina, tanto en como ésta era entendida y expresada. Esto ya que “una explicación científica coherente sobre el cambio en el pasado”⁶², ya no era posible. En su

lugar, señaló, había surgido un renovado interés por los aspectos más variados de la existencia humana, acompañados por la convicción de que “la cultura de un grupo, e incluso la voluntad de un individuo, son potencialmente agentes causales de cambio tan importantes como las fuerzas impersonales de producción material y crecimiento demográfico”⁶³.

Este cambio que experimentó la disciplina en la década de 1970 habría sido el que propició el retorno de la narrativa⁶⁴. El agotamiento de los paradigmas tradicionales, encarnados en distintas escuelas, empujaron al historiador a “redescubrir la narración, su función inmemorial de *storyteller*, y a ocupar nuevos territorios: los réprobos, lo íntimo, las mentalidades, las emociones, la familia, el amor, el sexo, la muerte”⁶⁵. “Más y más de los ‘nuevos historiadores’ ahora intentan descubrir lo que estaba pasando dentro de las cabezas de las personas en el pasado, y cómo era vivir en el pasado, preguntas que inevitablemente conducen al uso de la narrativa”⁶⁶. Aunque Stone rechazó enfáticamente la ilusión de cualquier “explicación científica coherente” dentro de la disciplina, en ninguna parte sugirió que la narrativa de ésta, a pesar de su forma necesariamente literaria, renunciaba a la indagación racional y a la reconstrucción realista del pasado⁶⁷.

Aunque “The revival of Narrative: Reflections on a New Old History” marcó un hito significativo para la disciplina

⁶² Lawrence Stone, “The Revival of Narrative: Reflections on a New Old History”, en *Past and Present* 85 (Oxford 1979): 19.

⁶³ *Ibid.*, 9.

⁶⁴ Iggers, *La historiografía del siglo XX...*, 161.

⁶⁵ Jablonka, *La historia es una literatura contemporánea...*, 109.

⁶⁶ Stone, “The Revival of Narrative: Reflections...”, 13.

⁶⁷ Iggers, *La historiografía del siglo XX...*, 165.

respecto a la discusión propiciada por el giro lingüístico en torno a la narrativa, dada la fama y extensión que alcanzó este ensayo y, asimismo, por el alcance que demostraron estos cuestionamientos más allá de la tradicional esfera francesa y la esfera estadounidense donde se habían dado, no estuvo excepto de críticas. Al respecto, se señala que él mismo había cargado sus libros de material analítico y estadístico. Además, cualquiera que haya leído su ensayo en su versión original –ya que en la traducción al español pierde gran parte de su energía– se da cuenta que Stone no está proclamando entusiasmado la llegada de un nuevo paradigma historiográfico, sino que se limita a realizar un diagnóstico de los principales trabajos publicados durante ese decenio en esa dirección⁶⁸. Como señala su mismo ensayo: “no one is being urged to throw away his calculator and tell a story”⁶⁹.

El planteamiento del historiador británico, como él mismo confirmó en otras publicaciones posteriores, iba más bien encaminado a salvar a la ciencia histórica de las consecuencias relativizantes del postmodernismo, en su triple amenaza del predominio de la lingüística, la antropología cultural y el nuevo historicismo⁷⁰. De este modo, “el análisis de Stone no saca casi nada de los decenios de reflexión sobre la escritura de la historia”⁷¹. Dicha interpretación no está alejada de la verdad. Suscribiendo la idea de que la historia es

un “medio narrativo”⁷², pensadores como Danto, Kracauer, Certeau y Veyne, con quienes coincidieron Ricoeur y Rancière, mostraron que la inteligencia del pasado necesita expresamente intriga, puesta en escena, descripciones, retratos y figuras de estilo. Como señala Arthur Danto en *Analytical Philosophy of History* de 1965, solo se puede explicar un acontecimiento en el contexto de una historia (“*story*”), es decir, en su vínculo con otros acontecimientos⁷³. Son estos y otros pensadores quienes perfilarán la discusión respecto a la relación entre la disciplina y la narrativa en las venideras décadas.

Aunque Stone no ocupó un lugar de preeminencia en las siguientes discusiones, dado que “los historiadores raramente fueron tan lejos” respecto a los cuestionamientos del giro lingüístico⁷⁴, su ensayo tuvo el impacto suficiente para colocarse como un punto de quiebre, principalmente dada la extensión que alcanzó. A través de éste, se demostró que dichos cuestionamientos ya eran parte de toda la esfera académica o, en realidad, de aquella tradicional, correspondiente al Viejo Mundo. Gracias a esto, se toma consciencia que “la literatura es la musa que aporta al historiador la sensibilidad, la emoción, la intuición, un sexto sentido”⁷⁵. Esa presencia, aun cuando sea pre científica, abre al historiador nuevos caminos de investigación. La narrativa tiene algo de adyuvante epistemológico.

⁶⁸ Jaume Aurell, “Los efectos del giro lingüístico en la historiografía reciente”, en *Rilce* 1 (Navarra 2001): 8-9.

⁶⁹ Stone, “The Revival of Narrative: Reflections...”, 75. En la cita: “a nadie se le insta a tirar su calculadora y contar una historia”.

⁷⁰ Lawrence Stone y Gabrielle M. Spiegel, “History and Post-Modernism”, en *Past and Present* 135 (Oxford 1992): 207-208.

⁷¹ Jablonka, *La historia es una literatura contemporánea...*, 109.

⁷² Siegfried Kracauer, *L'Histoire. Des avant-dernières choses* (Paris: Stock, 2006), 100.

⁷³ Arthur Danto, *Analytical Philosophy of History* (Cambridge: Cambridge University Press, 1965), 12.

⁷⁴ Iggers, *La historiografía del siglo XX...*, 165.

⁷⁵ Jablonka, *La historia es una literatura contemporánea...*, 122.

Sensibiliza a los historiadores respecto de lo que ignoran o desconocen: el papel del azar, la idea de contingencia, la dimensión privada de los grandes acontecimientos⁷⁶. Los historiadores continuaron trabajando crítica y concienzudamente con las fuentes e incorporando métodos de las ciencias sociales⁷⁷, pero la narrativa se volvió una caja de herramientas cognitivas de la que podían tomar modelos de historicidad o de ejemplaridad, categorías de percepción de lo real, filosofías de tiempo y formas de interpretación del mundo⁷⁸.

IV.- LA NUEVA HISTORIA NARRATIVA

Fue así que en la década de 1970 nació lo que se conoce como la nueva historia narrativa. El desarrollo de ésta afectó no solo a la incorporación de nuevos temas, sino a una verdadera transformación de las metodologías y las epistemologías. No hay que olvidar que durante aquellos mismos años los historiadores de las mentalidades y los de la historia social alemana estaban llevando a cabo una eficaz tarea de renovación de las temáticas, que sería completada más adelante por la nueva historia cultural y la nueva historia política. La nueva historia narrativa, por su parte, representaba una transformación más profunda que la que habían supuesto los paradigmas historiográficos, porque su propuesta metodológica iba mucho más allá que un simple cambio en las temáticas predominantes⁷⁹.

La nueva historia narrativa vino así a reivindicar y recuperar el relato que el historicismo clásico del siglo XIX había empezado a abandonar, al buscar un lenguaje más científico que literario. La narrativa, entendida como la organización de cierto material según una secuencia ordenada cronológicamente y la disposición del contenido dentro de un relato único y coherente, si bien cabe la posibilidad de encontrar vertientes secundarias dentro de la trama, tomó así un papel fundamental, del cual el historiador pasó ahora a ser consciente. La nueva historia narrativa difiere entonces de la historia estructural fundamentalmente en dos aspectos: su ordenación es descriptiva antes que analítica y concede prioridad al hombre sobre sus circunstancias. Por lo tanto, se ocupa de lo particular y lo específico más que de lo colectivo y lo estadístico. La relación entre historia y narrativa se vuelve la clave de esta nueva historia narrativa, remitiéndose a los orígenes más prístinos de la disciplina⁸⁰. Certeau identifica esos orígenes, por ejemplo, en las Sagradas Escrituras, que son al mismo tiempo narrativa e historia⁸¹. Según Stone, la narrativa es un modo de escritura histórica, pero es un modo que afecta y es afectado por el contenido y el método empleados⁸².

Tal como se entiende hoy en día, la narrativa no es la del simple informador, del tradicional cronista o del clásico relator, como tampoco es la del analista. La narrativa accede al rigor de la expo-

⁷⁶ Mona Ozouf, "Récit des romanciers, récit des historiens", en *Le Débat* 165 (Paris 2011): 13-25.

⁷⁷ Iggers, *La historiografía del siglo XX...*, 165-166.

⁷⁸ Véase *Annales. Histoire, Sciences Sociales* 2, "Savoirs de la littérature" (Paris 2010).

⁷⁹ Aurell, "Los efectos del giro lingüístico en...", 9.

⁸⁰ *Ibid.*, 10.

⁸¹ Certeau, *L'Écriture de l'histoire...*, 7-23.

⁸² Stone, "The Revival of Narrative: Reflections...", 74-75.

sición histórica a través del desarrollo de una estructura coherente del relato. Esto implica que los historiadores procuran recorrer rigurosamente todas las fases de la investigación. Aunque, preocupados por su exposición ordenada y sistemática, en vistas a convertirlo en una historia, reorganizan todo el material recogido en forma de relato. Se trata, por tanto, de la creación de un nuevo relato, articulado desde el tiempo presente, partiendo de otro relato anclado en el pasado, vuelto a recrear y ganado para el presente. Pese a esta diacronía, la cual, en realidad, afecta a toda obra de la disciplina, el historiador hoy en día debe buscar salvaguardarla a través de la propia narrativa, la cual atañe profundamente en los aspectos retóricos de su exposición. Ya no es algo accesorio, como un envoltorio, es algo esencial, sobre todo después del giro lingüístico. Los problemas de redacción pasan así a un primer plano; los historiadores deben entonces preocuparse tanto por la elegancia del estilo como por la construcción de las hipótesis, la presentación del contexto en todas sus vertientes o la organización de la trama⁸³.

La eficacia de la nueva historia narrativa radica en el diseño de la estructura del relato. Su coherencia no tiene que basarse solamente en la cronología, sino también en la adecuada concatenación de los diversos aspectos de la realidad. El *The Return of Martin Guerre* de Natalie Davis y el *Ricard Guillem, el sogno de Barcellona* de José Enrique Ruiz-Domènec siguen básicamente una estructura cronológica,

pero buena parte de su éxito radica en el análisis conjunto que realizan de todos los aspectos de la realidad⁸⁴. Su modelo interpretativo contrasta radicalmente con aquel de los marxismos y los estructuralismos, que solían poner énfasis en un ámbito concreto de la realidad histórica, como el demográfico, el geográfico o el económico. El relato de estas nuevas obras consigue una correspondencia entre la estructura narrativa de la vida humana y la estructura narrativa de la historia. Esa adecuación se comunica a través del relato histórico, que no es más que el reflejo de esa estructura vital. Esto explicaría, además, la amplia divulgación que han tenido algunas de estas obras, al conectar de modo natural con las inquietudes naturales de las personas de carne y hueso. “La nueva historia narrativa pretende devolver a la historia su capacidad de convertirse en arte, sin dejar de ser ciencia”⁸⁵.

PALABRAS FINALES

A pesar de los cuestionamientos levantados por el giro lingüístico, éste tuvo consecuencias muy beneficiosas para la disciplina. Quizá la más importante sea el perfeccionamiento de las técnicas del relato y la narración histórica, que ha supuesto un aumento considerable de la divulgación de algunas de esas obras. Al mismo tiempo, el retorno al relato ha facilitado también la recuperación de algunos viejos temas de investigación, dotándolos de una metodología y de una forma reno-

⁸³ Aurell, “Los efectos del giro lingüístico en...”, 11.

⁸⁴ Véase Natalie Z. Davis, *The Return of Martin Guerre* (Cambridge: Harvard University Press, 1983); José Enrique Ruiz-Domènec, *Ricard Guillem, el sogno de Barcellona* (Nápoles: Athena, 2000).

⁸⁵ Aurell, “Los efectos del giro lingüístico en...”, 12.

vada, como es el caso de la nueva historia política, la historia de la religiosidad o la historia social del lenguaje⁸⁶.

Respecto a los cuestionamientos más radicales del giro lingüístico, lo cierto es que la disciplina ha preferido optar, como ya fue mencionado, por aquellos aportes hechos por el relativismo escéptico que, aunque igual de cuestionadores, se presentan más posibilitadores respecto a la naturaleza misma de la historia. De este modo, los historiadores han tratado de tener esto, evitando caer en aquellos cuestionamientos más radicales y relativizantes. Hoy en día, los historiadores parten de la convicción de la función esencial del lenguaje en la recuperación del pasado y la beneficiosa función del giro lingüístico, que los ha conminado a no deslumbrarse por una aproximación excesivamente científica del pasado⁸⁷.

La nueva historia narrativa, como resultado de todos estos cuestionamientos, ha tenido dos consecuencias muy importantes para el desarrollo de la disciplina. En primer lugar, ha representado una alternativa eficaz y una respuesta contundente a la rigidez metodológica de los viejos paradigmas como el marxismo, el estructuralismo y la historia cuantitativa. En segundo lugar, ha devuelto a la historia la capacidad de contar historias, algo que parecía definitivamente perdido tras la preeminencia de estos paradigmas. Las transformaciones epistemológicas de la nueva historia narrativa son tan profundas porque representan un replanteamiento

del modo de hacer historia en tres de sus principales dimensiones: el contenido, el método y el estilo. Otra de las razones por las que la nueva historia narrativa es tan eficaz es que, prácticamente por primera vez en la historia de la disciplina, se presenta una corriente que no está restringida ni a un país, ni a una escuela, ni a una institución, ni a una tendencia ideológica, ni a un partido político, ni a una filosofía. Quizá sea esta su mayor fuerza, porque es evidente que, a través de un paulatino proceso que dura casi cincuenta años, la nueva historia narrativa se ha ido imponiendo en el panorama general de la historiografía⁸⁸.

Actualmente, los historiadores han superado la supuesta incompatibilidad entre narración y rigor, entre relato y objetividad. Los experimentos pioneros de los historiadores y pensadores de la década de 1970 han tenido un efecto tardío pero eficaz. La narrativa ha recobrado su función y, lo que es quizá más importante y específico de la situación actual, su legitimidad como método para la recreación del pasado. El debate se centra ahora en las modalidades del relato, más que en su objetividad. Por este motivo, Philippe Carrard ha podido demostrar en su obra cómo historiadores supuestamente pertenecientes a una misma escuela basan su argumentación en muy diversas modalidades y estructuras narrativas⁸⁹. Por lo demás, en todo este proceso, parece evidente la legítima aspiración de los historiadores actuales de llegar a un

⁸⁶ Aurell y Burke, "Las tendencias recientes: del giro lingüístico...", 295.

⁸⁷ *Idem.*

⁸⁸ Aurell, "Los efectos del giro lingüístico en...", 13.

⁸⁹ Véase Philippe Carrard, *Poetics of the New History: French Historical Discourse from Braudel to Chartier* (Londres: Johns Hopkins University Press, 1992).

público más amplio. Ello obliga a construir obras a través de un lenguaje discursivo, abandonando el académico y científico.

La conclusión de todo esto es la reivindicación eterna de la disciplina por no perder el sentido común que aporta en sí mismo su pecado original, la narrativa. Es ésta el único antídoto eficaz ante las excesivas pretensiones de una historia reducida a un determinado aspecto y asegura, por otra parte, la natural convergencia entre las diversas disciplinas que estudian al hombre. En último término, la coherencia del relato es el único garante de una verdadera objetividad histórica. Los esquemas, las estadísticas sociológicas, las curvas de precios y los estudios de productividad económica pueden ayudar más o menos a reflejar una parte de una realidad, pero nunca llegarán a completar su poliédrica estructura. La aspiración a una verdadera objetividad histórica puede ser considerada por algunos una utopía, pero desde luego se accede con más propiedad a ella a través de la estructura de relato. Por este motivo, el redescubrimiento de la narrativa en la historia durante las últimas décadas del siglo XX es en sí mismo la historia de un relato que no cesa: “el del eterno retorno del relato en las narraciones históricas”⁹⁰.

BIBLIOGRAFÍA

Annales. *Histoire, Sciences Sociales* 2. 2010. “Savoirs de la littérature” (Paris).

Aristóteles. 2013. *Poética*. Madrid: Alianza Editorial.

Aurell, Jaume. 2001. “Los efectos del giro lingüístico en la historiografía reciente”, en *Rilce* 1 (Navarra): 1-16.

Aurell, Jaume y Peter Burke. 2013. “Las tendencias recientes: del giro lingüístico a las historias alternativas”, en *Comprender el pasado. Una historia de la escritura y el pensamiento histórico*, Jaume Aurell, Catalina Balmaceda, Peter Burke y Felipe Soza, 287-340, Madrid: Ediciones Akal.

Barthes, Roland. 1987. “El discurso de la historia”, en *El susurro del lenguaje. Más allá de la palabra y de la escritura*, Roland Barthes, 163-177. Barcelona: Ediciones Paidós.

Bensa, Alban y Eric Fassin. 2002. “Les sciences sociales face à l'événement”, en *Terrain. Anthropologie & sciences humaines* 38 (Paris); 5-20.

Carrard, Philippe. 1992. *Poetics of the New History: French Historical Discourse from Braudel to Chartier*. Londres: Johns Hopkins University Press.

Certeau, Michel de. 1968. “Pour une nouvelle culture: prendre la parole”, en *Études. Revue de culture contemporaine* 329 (Paris): 383-397.

⁹⁰ Aurell, “Los efectos del giro lingüístico en...”, 14.

Certeau, Michel de. 1972. “Une épistémologie de transition: Paul Veyne”, en *Annales. Économies, Sociétés, Civilisations* 6 (Paris): 1317-1327.

Certeau, Michel de. 1975. *L'Écriture de l'histoire*. Paris: Éditions Gallimard.

Certeau, Michel de. 1993. *La escritura de la historia*. Ciudad de México: Universidad Iberoamericana.

Certeau, Michel de. 2007. *El lugar del otro. Historia religiosa y mística*. Buenos Aires: Katz Editores.

Collingwood, R. G. 2004. *Idea de la historia*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.

Danto, Arthur. 1965. *Analytical Philosophy of History*. Cambridge: Cambridge University Press.

Davis, Natalie. 1983. *The Return of Martin Guerre*. Cambridge: Harvard University Press.

Dessons, Gérard. 2006. *Émile Benveniste, l'invention du discours*. Paris: Éditions In Press.

Devinat, Mathieu. 2011. “Réflexion sur l'apport de l'ouvrage. Comment on écrit l'histoire sur la formation à la recherche en droit”, en *Les Cahiers de droit* 3-4 (Paris): 659-670.

Dosse, François. 2006. *La historia en migajas. De Annales a la “nueva historia”*. Ciudad de México: Universidad Iberoamericana.

Dubar, Claude. 1973. “Veyne Paul, Comment on écrit l'histoire. Essai d'épistémologie”, en *Revue française de sociologie* 4 (Paris): 550-555.

Flahault, François, Nathalie Heinich y Jean-Marie Schaeffer. 2005. “Entretien avec Paul Veyne”, en *L'Homme* 175-176 (Paris) : 233-249.

Gadamer, Hans-Georg. 1993. *Verdad y método. Fundamentos de una hermenéutica filosófica*, Tomo I y II. Salamanca: Ediciones Sígueme.

Grenon, Pierre Michel. 1974. “Paul Veyne et Guy Dhoquois: «Science» historique et projets d'historiens”, en *Revue d'histoire de l'Amérique française* 2 (Quebec) : 259-269.

Heródoto. 1992. *Historia*. Libros I-II. Madrid: Editorial Gredos.

Iggers, Georg G. 2012. *La historiografía del siglo XX. Desde la objetividad científica al desafío posmoderno*. Santiago: Fondo de Cultura Económica.

Jablonka, Ivan. 2016. *La historia es una literatura contemporánea. Manifiesto por las ciencias sociales*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Jameson, Fredric. 1998. *The Cultural turn. Selected Writings on the Postmodern, 1983-1998*. Londres-Nueva York: Verso.

Kracauer, Siegfried. 2006. *L'Histoire. Des avant-dernières choses*. Paris: Stock.

Marwick, Arthur. 1998. *The Sixties. Cultural Revolution in Britain, France, Italy, and the United States*. Oxford: Oxford University Press.

Ozouf, Mona. 2011. “Récit des romanciers, récit des historiens”, en *Le Débat* 165 (Paris): 13-25.

Polibio. 1981. *Historias*. Libro I-IV. Madrid: Editorial Gredos.

Polibio. 1981. *Historias*. Libro V-XV. Madrid: Editorial Gredos.

Rancière, Jacques. 1992. *Les Noms de l'histoire. Essai de poétique du savoir*. Paris: Le Seuil.

Reddé, Michel. 1980. “Rhétorique et histoire chez Thucydide et Salluste”, en *Colloque histoire et historiographie, comp. Raymond Chevallier*, 11-18, Paris: Les Belles lettres.

Ricoeur, Paul. 2004. *Tiempo y Narración, Tomo I: Configuración del tiempo en el relato histórico*. Ciudad de México-Buenos Aires: Siglo XXI Editores.

Ricoeur, Paul. 2004. *La memoria, la historia, el olvido*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

Ricoeur, Paul. 2015. *Historia y verdad*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.

Rivero, Francisco J. 2013. “El devenir del acontecimiento en la operación historiográfica”, en *Historia y Grafía* 41 (Ciudad de México): 43-77.

Rorty, Richard. 1967. *The linguistic Turn: Recent Essays in Philosophical Method*. Chicago: The University of Chicago Press.

Ruiz-Domènec, José Enrique. 2000. *Ricard Guillem, el sogno de Barcellona*. Nápoles: Athena.

Saussure, Ferdinand de. 1945. *Curso de lingüística general*. Buenos Aires: Editorial Losada.

Seignobos, Charles. 1906. *L'Histoire dans l'enseignement secondaire*. Paris: Armand Colin.

Simiand, François. 2003. “Método histórico y ciencia social”, en *Empiria. Revista de Metodología de Ciencias Sociales* 6 (Madrid): 163-202.

Stone, Lawrence. 1979. “The Revival of Narrative: Reflections on a New Old History”, en *Past and Present* 85 (Oxford): 3-24.

Stone, Lawrence y Spiegel, Gabrielle M. 1992. “History and Post-Modernism”, en *Past and Present* 135 (Oxford): 189-208.

Trindade, Luis. 2018. “Hayden White's Modernist Event”, en *Práticas da História* 6 (Lisboa): 67-75.

Tucídides. 1990. *Historia de la Guerra del Peloponeso*. Libros I-II. Madrid: Editorial Gredos.

Veyne, Paul. 1971. *Comment on écrit l'histoire. Essai d'épistémologie*. Paris: Le Seuil.

Veyne, Paul. 1976. *Le Pain et le cirque. Sociologie historique d'un pluralisme politique*. Paris: Le Seuil.

White, Hayden. 1973. *Metahistory. The Historical Imagination in Nineteenth-Century Europe*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press.

White, Hayden. 1987. *The Content of the Form: Narrative Discourse and Historical Representation*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press.

White, Hayden. 1999. *Figural Realism: Studies in the Mimesis Effect*. Baltimore: The Johns Hopkins University Press.

White, Hayden. 2003. *El texto histórico como artefacto literario y otros escritos*. Barcelona-Buenos Aires-Ciudad de México: Ediciones Paidós-Instituto de Ciencias de la Educación de la Universidad Autónoma de Barcelona.

